



Comisión 2

Índice

1. La fortaleza de sobrevivir. Amed Abosalech
2. Sin escape, sin lugar a donde de ir. Rodrigo Acuña
3. La pobreza del amor. Catalina Aguirre
4. No son necesarias más palabras. Pilar Aliani
5. El auto de atrás. Adriadna Almada
6. Minorcas. Ana Paula Arias
7. A vos, que estás ahí. Reynaldo Arrarás
8. El imprevisto de la vida. Rocío Bárcenas
9. El café de las pibas. Gonzalo Barzola
10. Desconocido en mi propia casa. Ian Birman
11. Quien debía partir último partió primero. Daniela Boquin
12. ¿Dónde está el cadáver? Ariel Britez
13. Vestido rosa. Karen Cabral
14. Sábado. Ariel Cepeda
15. Mi último adiós. Juan Diego Díaz Carrizo
16. Es el final. Santiago Donato
17. ¡No es lo que parece! Matías Dupont
18. Son cosas que no pasan. Fabián Enríquez
19. Un triste adiós. Daniela Escalante
20. Miedo a dormir. Malena Escobar O'Neill
21. Inocencia en zapatos agujereados. Lara Esquivel
22. Los abuelos de la nada. Candela Ferrari
23. Me gustan el rosa y el azul. Camila Franco
24. Rebeldía femenina. Antonella Gil
25. La lluvia del miedo. Marcos Giménez
26. Linda la fiesta. Maximiliano González
27. Un viaje al más allá. Mía Gorosito
28. Una vida ajena. Gabriela Governatori
29. Tarde gris, para algunos. Fabricio Huircapán
30. Un permiso para poder vivir. Lautaro Ingani Loza
31. La realidad se ha vuelto mi locura. Diana Carolina Jaimes
32. De la mano de un delincuente estaba mi dolor. Elena Montenegro
33. Hotel Cecil. Guadalupe Moreno
34. Soldado anónimo. Leonardo Moroz
35. So high. Alejandro Moyano Rojas
36. Casi muerto. Eneas Nasif
37. Adiós. Giselle Racca
38. Infierno disfrazado de guerra. Candela Reitano
39. Pobre Alicia. Rocío Roig
40. La hipocresía reina en la casa. Martina Romero
41. Simulacro. Matías Tilocca
42. Lizy. Agustina Titarelli
43. Mi partida. Agustín Trespidi
44. Sí, podemos. Lizbeth Valverde Romero
45. Funeral de recuerdos. Gabriel Ybalo

La fortaleza de sobrevivir

Amed Abosalech

Haber regresado a casa me hacía sentir una angustia profunda. En el momento en que entré a mi hogar, ya no me sentí igual. No era aquel chico valiente que había decidido ir a luchar por la patria. Reencontrarme con la familia y los amigos, y que todos se sintieran orgullosos de mí, aumentaba más mi tristeza.

El motivo de mi visita era puntual. Me preocupaba el estado de salud de mi madre. Quería observar con mis propios ojos cómo se encontraba e irme, para poder seguir en el frente junto a mis compañeros.

No me permitía estar cómodo, alimentándome, descansando sabiendo que lo que pasaba durante la guerra era distinto.

Luego de pasar esa tarde, volví al cuartel para volver al combate. En la ciudad todos nos veían como un ejemplo a seguir pero lo que vivíamos era muy complicado. Durante la noche, viajé hasta llegar a la zona de ataque, el miedo de morir y de no volver a ver a mis familiares, se apoderaba de mí.

Finalmente, en las trincheras, ver cómo estábamos me paralizaba. Con hambre, sueño, sin poder bañarnos, rodeados de cadáveres.

Hasta que a la mañana siguiente, por un comunicado que le llegó al comandante, nos enteramos que la guerra había finalizado.

Poder volver a casa junto a mis compatriotas me hacía sentir una felicidad increíble.

En la noche siguiente, emprendimos viaje a nuestras ciudades dejando atrás todo lo vivido. El reencuentro con la familia era lo que más se hacía desear.

Sin escape, sin lugar a donde ir

Rodrigo Acuña

Como es costumbre, revisando Twitter, encontré una publicación de la cuenta de Fenómenos Paranormales, acerca de un parque de La Plata, donde se habían visto luces extrañas durante la noche. Era en El Bosque, cerca de las facultades. No le presté atención porque eran de publicar continuamente este tipo de cosas, sin fundamentos claros. Aun así, son entretenidos.

Pero todo cambió cuando, durante la clase de Textos I, dos hombres entraron al aula. Comenzaron a llamarnos de a grupos de cuatro alumnos. Tenían la excusa de realizar una encuesta estatal. Nuestros compañeros no volvían, y eso nos inquietaba. Los hombres de traje sólo continuaban llamándonos.

Al quedar sólo la mitad del curso, comenzamos a preocuparnos. Decidimos acercarnos lentamente a la puerta y vimos que en el resto de las aulas ocurría lo mismo. En ese momento recordé la publicación que había leído. Toda esa situación me parecía muy extraña. Después de unos minutos llegamos a la conclusión que teníamos que salir del aula. Al hacerlo, descendimos a planta baja, donde se estaban reuniendo algunos estudiantes para ir al patio trasero y poder alejarnos de la facultad.

Lo único que encontramos de ellos fueron sus ropas, desparramadas por los suelos. Ante esa imagen, quedamos perplejos. Al levantar la vista, se hicieron visibles dos figuras detrás del alambrado que divide el predio de la Facultad de Periodismo, y la construcción de un edificio. Altos, de extremidades delgadas y torsos grandes, su cuerpo humanoide, cubierto por una piel azul grisácea. Eran pegajosamente desagradables.

En el momento que nos divisaron, extendieron sus brazos por sobre el alambrado, logrando capturar a algunos de nosotros, mientras otros pudimos escapar o escondernos dentro del edificio. Se oían gritos de afuera, y objetos, que eran arrojados, retumbaban en

el suelo. Algunos de los alumnos pelearon ante el sometimiento. No lograron tener éxito. Se produjo un silencio total.

A la espera de salir del escondite, entraron dos policías. Avisaron que aquellos extraños humanoides, se habían retirado. ¿Cómo supieron del hecho si nosotros éramos los únicos que lo habían presenciado? Comenzamos a mirarnos con desconfianza. Al darse cuenta de esto, quedó en evidencia la sospecha. Los policías extendieron sus brazos tal cual habían hecho los humanoides. Capturaron más estudiantes y docentes mientras nosotros escapábamos del terrible escenario.

Entonces, ¿en quién confiar? Quedó al descubierto su habilidad de cambiar su apariencia a forma humana. Ya no hay manera de distinguir.

La pobreza del amor

Catalina Aguirre

La calle se veía vacía. Una leve capa de niebla la cubría dándole un aspecto de soledad, tal como se sentía Milena. Ella se encontraba sentada en la vereda de la calle frente al gran kiosco de la cuadra, muy reconocido en su barrio. Tenía las manos apoyadas en sus cachetes mientras miraba a las personas que se acercaban a comprar al local.

Caminando con cierta lentitud, un niño que aparentaba tener la misma edad que Milena, se acercó al kiosco mostrando cierta felicidad en su rostro. El vendedor lo atendió con amabilidad y en cuestión de minutos, comenzó a realizar su camino nuevamente con la diferencia que, entre sus manos, llevaba una enorme bolsa de caramelos.

De un lujoso auto, se bajó una hermosa niña rubia de la mano de su padre. Ambos emprendieron camino al kiosco. Las trenzas que llevaba en su cabello se desplazaban de un lado al otro por el andar de la niña, mientras que, el hombre, tenía en sus manos un enorme chocolate. Se subieron nuevamente al auto y se marcharon.

Con unos pequeños saltos, una niña con unos rulos muy formados, apareció en la cuadra. Esta vez, en vez de dirigirse al kiosco como pretendía, caminó hacia Milena cuando la vio, ya que, la niña tenía una expresión de soledad en su rostro mientras su cabeza estaba gacha.

—¿Qué te pasa? —le preguntó sentándose a su lado— Yo me llamo Emilia y vengo al kiosco ¿Vos también?

Milena la miró. La niña tenía una resplandeciente sonrisa en su rostro. Con un suspiro iba a hacerlo, pero una voz la interrumpió.

—¿Qué sucede niñas? —preguntó un hombre de lujoso traje. Tenía sus rodillas flexionadas y una gran sonrisa en su rostro.

—¿A mí? nada —respondió Emilia, encogiéndose de hombros— A ella sí, porque está sentada mirando el kiosco. Parece triste.

—No tenés plata para comprar tus caramelos, ¿verdad? —volvió a preguntar el hombre mirando a Milena.

No esperó a que las niñas contesten. Se levantó y dijo:

—Eso puedo solucionarlo.

Con su lujoso traje, el hombre caminó hacia el kiosco y al cabo de unos pocos minutos, salió junto con dos enormes bolsas que tenían una gran variedad de caramelos, chocolates y snacks.

—Ya está todo solucionado —sonrió el— Sólo voy a pedirles un favor. Tienen que sacarse una foto conmigo.

—¿Para qué? —preguntó confusa Milena —Yo no necesito esto —dijo mirando con desprecio la bolsa.

—Es obvio que lo necesitas, mirá tu ropa —la señaló— Está bien, no me molesta darte lo que me sobra.

Sin decir más, Milena agachó la cabeza y se sacó una foto con aquel hombre. Ella estaba triste. No necesitaba caramelos para ser feliz. Todas las tardes se sentaba en la vereda a ver como los niños se acercaban al kiosco acompañados de sus padres, hermanos o amigos. Le gustaba estar ahí ya que no tenía más nada que hacer, no tenía familia. Ver la felicidad de las personas por lo material la confundía.

No son necesarias más palabras

Pilar Aliani

Era una típica noche de invierno, llovía y helado. Bajé al lobby del edificio para abrirle a Tomás. Tom, para mí. Se encontraba empapado, y verlo así, mojado pero sonriente, me alentó más para afrontar lo que tenía que decirle.

Nos abrazamos. El momento parecía eterno. Tomamos el ascensor y llegamos al octavo piso.

—¡Que rico olor a comida! —dijo Tomás al entrar y sentir el aroma de su comida favorita — ¿Salsa cuatro quesos?

—Siempre cocino para vos, soy genial —le respondí entre risas.

Comimos entre chistes y conversaciones sin sentido. El momento de dejar la armadura y expresar mis sentimientos se aproximaba.

—Tomás, tenemos que hablar —intenté sonar seria, pero no pude.

—¿Qué pasa, tonta?

—Sabes que no soy muy sentimental, pero creo que llegó el momento.

—Deja de ser tan vueltera y decime —dijo sonriendo, dándome confianza.

—Te quiero, un montón. Me hacés feliz. Agradezco haberte buscado y poder encontrar la gran persona que sos. Quería decírtelo, no preguntes porqué.

Todo quedó en silencio, pero no de esos incómodos, sino de esos que derrochan entendimiento. El rostro de Tomás dejaba ver una sonrisa. Sus ojos brillaban como diamantes.

—Decime algo, Tomás.

—¿Qué querés que te diga? ¿Qué me encantás? Si ya lo sabés.

No fueron necesarias más palabras para ninguno de los dos. Bastó un abrazo y un beso, sin tiempos. Nos miramos y supimos que ya nada era necesario, sólo sonreír.

El auto de atrás

Adriadna Almada

Era una noche de tormenta. Nadie circulaba por las calles de la gran ciudad. Sólo podía distinguirse algo cuando caían rayos. Con este panorama, Samantha decidió emprender su viaje.

Ya había recorrido varios kilómetros cuando apareció un auto tras ella. Le resultó gracioso no ser la única que no pensaba cancelar sus planes por una tormenta. Ese vehículo estaba muy descuidado y no se veía nada en su interior. Este comenzó a seguirla cada vez más de cerca. Samantha se alarmó ante esta situación, pero, no le dio importancia.

Levaban una hora de viaje y la joven se sentía incómoda con el auto detrás de ella. Este imitaba cada una de sus acciones. La tormenta se había hecho más fuerte, por lo que la chica, decidió detenerse en el momento que se cruzó con una estación de servicio. El lugar estaba vacío. Al bajar de su auto, vio al otro que también frenaba en aquel lugar. Se sintió incómoda al verlo estacionarse a centímetros de ella.

Una figura humana descendió del vehículo. No podía ver su rostro ya que lo llevaba cubierto por una especie de máscara negra. Solo podían verse sus ojos, claros como el agua. Su mirada era tan penetrante que quedó impregnada en la mente de Samantha.

Antes de que pudiera reaccionar, la persona la había tomado por el cuello y la conducía hacia un cuarto de la estación de servicio donde la ató a una silla y comenzó a apuñalarla. Lo único que podía escucharse aquella noche, además de la lluvia, eran los gritos ensordecedores de Samantha. El dolor de cada parte de su cuerpo. Las lágrimas que recorrían sus mejillas. No entendía por qué le ocurría eso. Sus intentos de liberarse eran en vano. Quería expresar el pedido de justicia por lo que estaba pasando. Abrazar a su familia y despedirse de ellos. Vio a su agresor escaparse, y con él, sus últimos suspiros.

Minorcas

Ana Paula Arias

Hernando tiene seis años y mucho, pero mucho pelo en su cabeza. Negro, tupido y grueso, como la cabellera de su madre, que crece como pasto, perpendicular al cráneo, dándole ese aspecto de cepillo que tanto lo caracteriza.

Tiene tres hermanos que le enseñan día tras días los pormenores de la vida de pobre.

—Vos no trabajas porque sos muy chiquitito, por eso tenés que encargarte de la casa, ayudarla a mamá a pelar las gallinas, a hacer el pan y a barrer.

Hernando piensa que eso también es trabajar, pero no dice nada y asiente con la cabeza.

Las manos le llegan apenas a la cocina, pero diligentemente prepara el mate dulce y sale al patio a pasar la mañana. Mientras trabaja con su mamá, imagina un pasadizo en el fondo del gallinero por donde puede escapar a jugar. Junta los huevos y, mientras los junta, piensa que son de dragones bebés, que va a criar, les va a hacer un lago grande y profundo donde se va a bañar con ellos. Cuando alguien lo moleste, los va a mandar a que le metan miedo.

Piensa en el tío Rubén, que siempre lo reta y le tira del pelo. Por cada tunda que cuenta, levanta un huevo, y otro. Y otro huevo más. Las manitos sostienen una canasta llena.

El paso errático y bobo de las gallinas no lo distrae de su sueño. Además de su ejército de dragones, ahora tiene una capa, un escudo y un yelmo. Lucha contra los malos y los injustos. La espada que lleva es pesada, pero él es hábil en su manejo. Mientras la blande, piensa en el frío, en el hambre y en su casa. Gira sobre sí mismo, una y otra vez.

Su madre lo llama y el gallinero vuelve a ser gallinero. El niño corre hacia ella pensando que comerán pan con manteca al lado del horno de barro, tomados de la mano.

A vos, que estás ahí

Reynaldo Arrarás

Lunes. Mi semana empezaba y volvía a la rutina. La misma de todos los días. Facultad. Trabajo. Otra no quedaba. Me levanté. Desayuné. Me bañé. Me vestí rápidamente. A las diez de la mañana entraba a cursar y ya eran las nueve. Mi apuro era enorme.

Mi celular sonaba pero preferí no contestar. No estaba para nada bien. Se cumplía un año que no la veía.

Decidí salir, y mientras caminaba miré el celular. Todos mis amigos me preguntaban si estaba bien. Tanto había hablado de ella que ya todos lo sabían.

Cursé todas las materias que tenía y me fui. Llegué a casa, agotado. El día había resultado mejor de lo que pensaba. Pero, como todo día terminaba, la noche llegaba.

Gracias a la puta angustia nocturna que le agarra a las personas, tomé una decisión crucial, ¿qué le molestaba contestar? Abrí su WhatsApp y le puse:

Hola, ¿cómo estás? Hace mucho tiempo que no nos vemos y quedaron tantas cosas inconclusas, no sé si te solté o me

soltaste, tal vez nos dejamos los dos, es inútil hoy remediarlo. Ya no hay nada y no creo que eso cambie. Mi vida está bastante bien si es que te lo preguntás. Los problemas de siempre, pero acá sigo, de pie. No niego que te extraño, pero no te necesito. Aprendí a vivir sin vos, y la verdad, mal no me fue. Espero que me contestes, nada más para saber qué pensás, y cómo estás. Saludos. Te quiero.

Me quedé dormido. Al levantarme, lo hice ansioso por esperar su respuesta pero no había nada, me resultaba raro. Entré al WhatsApp y ni siquiera estaba su conversación. Me pareció loco. No sabía si lo escribí o si lo soñé.

Tal vez la vida prefirió que no se lo mande por alguna razón, no sé, pero ya era en vano mandarlo, el destino lo quiso así.

Nunca más hablamos. Me casé. Tuve hijos. Pero hasta el día de hoy que la quiero. No sé si le mandé el mensaje y me clavó el visto o simplemente fue un sueño.

El imprevisto de la vida

Rocío Bárcenas

Miércoles veintidós de marzo, nunca olvidaré ese día. Llegué del trabajo y encontré la sala vacía. Mi hija acostada en su cuarto, presentaba varios síntomas: fiebre alta, tos constante y un ligero escalofrío.

Traté de hacerla sentirse mejor con medicamentos, no lo logré. Esa misma tarde la llevé a la clínica y quedó internada. Nadie sabía decirme lo que tenía. Algunos médicos, suponían que podría ser pulmonía y otros Gripe A.

El jueves a la madrugada, el doctor a cargo me informó de su estado grave. Una bacteria intrahospitalaria provocó una infección generalizada. No me dejaron verla. Sabía que el informe clínico no era alentador. Esa misma noche, sufrió una arritmia. Pudieron sacarla y estabilizarla. Se encontraba débil. A la media hora tuvo otro episodio y no lograron salvarla.

Vi salir al médico, me agarró la mano y comenzó a hablar. Juro que lo último que oí fue “Lo siento mucho pero...”, y sentí mis piernas temblar. No había consuelo, sólo llanto.

Tuve que realizar todos los preparativos para el funeral de mi hija. Joven, alegre y soñadora, con todo un futuro por delante. No pude creerlo, no quería hacerlo todavía.

Al cementerio llegaron amigos, familiares y hasta personas que ya no mantenía contacto con ella. “Tal vez su presencia, los libraría de algún remordimiento” me limitaba a pensar, no lo entendía. Cuando el cajón fue tragado y paso a formar parte del suelo, me sentí vacía. Todo estaba cubierto por una tierra tan parecida a la que ella usaba para armar comidas o jugar cuando era niña.

En ese momento, en ese preciso instante lo supe. No la vería más: su cara, su sonrisa, grabadas en mi mente por siempre.

El café de las pibas

Gonzalo Barzola

Hoy fue mi primer día de trabajo en el Hipódromo de Palermo. Para quienes trabajamos con la comunicación, cubrir eventos de polo es muy aburrido.

No voy a explicar las reglas de este deporte. Quiero explicar cómo es el mundo del polo, el ambiente social que tienen los jugadores es muy limitado, sólo se relacionan con la gente

de su mismo nivel socioeconómico, lo sé porque mi familia está relacionada con éste mundo. Mis dos hermanos son jugadores reconocidos, con premios y trofeos.

Si bien estar en el hipódromo es aburrido, me resulta familiar. Ver como preparan la cancha y los caballos me recuerda a cuando era una niña y acompañaba a mi hermano mayor a practicar para los torneos.

Extraño mucho aquella época, ahora estoy distanciada de mi familia. Tenemos contacto por teléfono y a través de las redes sociales, pero no es lo mismo. Todo a raíz de que mis padres querían que fuera abogada o médica reconocida, como mis dos hermanas. Esas carreras siempre me parecieron aburridas, así que decidí abocarme a mi pasión, el periodismo.

El evento en el hipódromo estaba por comenzar. Tenía que acercarme a la cafetería del lugar para charlar con las esposas de algunos de los jugadores que jugaban aquella tarde. Me habían citado días atrás, al enterarse que era yo quien cubría el evento.

Cuando llegué a la mesa donde estaban sentadas las chicas, lo primero que me llamó la atención fue la forma en que estaban vestidas. Vestidos elegantes, de autor. Yo sólo vestía un jean, camisa y una campera de cuero. Al sentarme, comenzaron a charlar sobre la cantidad de dinero que tenían y los viajes lujosos que iban a realizar. No me cayeron muy bien esos comentarios. No pasaron ni veinte minutos, que decidí abandonar la mesa. Al levantarme de la silla, dije:

—Disculpen, chicas, pero me parecen desagradables y no quiero estar rodeada de gente como ustedes.

Agarré mis cosas y me retiré a trabajar. Eran ese tipo de personas que mis padres querían que yo fuera.

Desconocido en mi propia casa

Ian Birman

Durante muchos años, en mi casa se discutía sobre el conflicto de las personas con adicción a las drogas. En ese ámbito, mis padres creían que aquellos que consumían diferentes sustancias eran catalogados como drogadictos, faloperos, incluso como, quienes tenían dichos conflictos, eran delincuentes o marginados sociales.

Durante cada discusión, me encontraba incómodo, sin mediar palabra. Por momentos intentaba explicarles que la droga no era propia de un sector social sino que traspasaba a toda la sociedad.

Cada intento de hacerles entender dicha situación era en vano. Ellos son personas mayores, pertenecientes a otra época. Lo que no comprendieron nunca era que, en cada oportunidad en la que intervenía, buscaba ser aceptado por ellos.

Desde hacía varios años me encontraba dentro de ese mundo, en el denominado por mis padres como “Faloperos de mierda”. Este pensamiento lograba que me encontrara muy alejado de ellos, el no poder pedirles ayuda hacía que me hundiera más en mi problema.

El consumo de drogas había cambiado mi vida. Me transformó en una persona que no era. Sufría de cambios de humor, había perdido a mi novia y me alejaba de mis amigos. Me convertí en alguien solitario y egoísta, sin proyectos. Mi único objetivo era conseguir dinero para poder comprar más y más cocaína.

El tiempo pasó y mi adicción creció. Encerrado en mi habitación, mis pensamientos me atormentaban. De repente, se abrió la puerta y entró mi mamá.

—¡Hijo, tu primo Octavio se droga! —exclamó mi madre— Era de esperarse, no hace nada de su vida, es un parásito.

No aguanté más. Me sentía agredido por sus palabras. Decidí confesarle que hacía muchos años tomaba cocaína. Había alcanzado un punto que no podía controlar y, día a día, el sufrimiento aumentaba.

Le expliqué que mi problema no se debía a todo lo que ellos creían de las personas con adicción, sino a que muchas de mis conductas y personalidad no eran adecuadas.

A pesar de esto, ellos no pudieron entenderme. A partir de ese momento, mis padres intentaron verme como a una víctima, culpando a las personas que me rodeaban. No podían creer que su hijo era, según ellos, un falopero de mierda.

Quien debía partir último partió primero

Daniela Boquin

No estaba dentro de mis posibilidades presenciar la muerte de mi nieta, verla en un cajón y partir antes que yo. Se sentía como una puñalada en la espalda.

Al tocar sus manos corrió dentro de mí, una sensación diferente. Su pálido rostro y sus ojos cerrados que jamás volverían a abrirse, era presenciar el fin del mundo.

Dentro de la sala, un ir y venir de gente joven. Sus amigos de toda la vida junto al ataúd, en un abrazo interminable unido por un llanto desgarrador y sincero. No era justo que esas dos niñas que pasaban días enteros juntos en mi casa, tuvieran que atravesar ese dolor.

Veía a mi hijo destrozado, tomado de la mano de su esposa, recibiendo el pésame por su hija. Hacía fuerza para intentar volver el tiempo atrás y ser yo quien esté dentro del cajón. Intentar que el sufrimiento de su padre fuera menor.

Cuando vi a mi nieto mirando fijo el cuerpo de su hermana, conteniendo sus lágrimas, me di cuenta del inmenso amor que le tenía. Miles de recuerdos pasaron por mi cabeza. Las veces que los cuidaba, como jugábamos y llenaban mi vida de alegría y vitalidad.

Debí despedirme de esa niña que fue mi gran compañera. Aquella que, dos años atrás, tuvo que cargar con mi enfermedad, quién me ayudó a levantarme y seguir adelante pase lo que pase.

El final de esa interminable noche llegó. El cortejo fúnebre iba camino al cementerio. Una mezcla de sentimientos: Bronca, angustia e impotencia. Todo junto recorrió mi cuerpo en ese instante. La vida no era justa.

¿Dónde está el cadáver?

Ariel Britez

Caras tristes, algún llanto, poco diría. Los parientes y ¿nadie más? ¡Uf! Después de todo valió la pena. ¿Valió la pena en realidad? Da igual, de nada sirve preguntarse eso ahora, me inquieta nomás una cosa ¿por qué el cajón está cerrado?

Me gustaría verme o eso creo, pero ¿si estoy medio deforme? No creo, aunque no me acuerdo cómo pasó, fue todo en un instante. Después dicen que la muerte duele, pero eso no lo puedo asegurar si no me acuerdo.

Podría escucharlo, seguro que uno acá va a sacar el tema. No me cabe duda que será Carlos. Ese tipo debe saber todo, hasta el mínimo detalle, así que me reposo junto a él y espero. ¿A quién le preguntará? Todos están callados.

No me gusta esta foto, es horrible. El cajón puesto sobre dos patas metálicas, unas velas casi apagándose y no hay flores. Bueno, bien saben que detesto las flores, cumplieron. Igualmente es desolador el panorama, pensé que iba a ser un poco más multitudinario.

Doy vueltas y no pasa nada, casi medio día ya. Igual, yo voy a esperar alguien deberá sacar el tema. Si me tengo que quedar hasta cuando termine, me quedo. ¿Cuándo termina? ¿Después que voy a hacer? ¿Dónde voy a ir? ¿Arriba o abajo? Creo que era buen cristiano, aunque no tan devoto ¿eso es pecado? No sé.

Hablo y hablo yo solo, nadie me escucha ¿dónde hay otro como yo? ¿Soy un alma o un fantasma? Me estoy inquietando bastante ¿se fueron todos? ¿A qué hora? Jamás los vi.

Esto es raro, muy raro. Me acuerdo cuando yo iba a los velorios, nos íbamos hasta el cementerio. Lo metían en el pozo, lo tapaban y nos retirábamos del lugar.

Así te pagan: un día estás y al otro no. Así se olvidan de vos lentamente, pero ya pasó. Me voy a tomar un rato para esperar que vengan los de la funeraria. Ellos me llevarán hasta el cementerio. Jamás pensé que yo mismo me acompañaría hasta mi última morada.

Bueno, ahí llegaron. Como me los imaginaba. Ahora sellan bien el ataúd y me llevan. Lo van a abrir otra vez ¿para qué? ¿Qué dicen? Qué triste alquilar una tumba vacía para intentar despedir a alguien ¿Cómo, el cajón vacío? ¿Mi cadáver dónde está? ¿Qué pasó acá? Mejor dicho, ¿qué me pasó? ¿Dónde estoy?

Vestido rosa

Karen Cabral

Marcia, mi madre, fanática del estereotipo femenino. Mi cuarto y ropa, todo color rosa. Telas suaves, vestidos, zapatos, barbies y películas de princesas. Además me inscribía en institutos de danzas y piano sin consultar si me gustaba.

En verano, visitábamos a mis padrinos donde tenían una gran quinta. Mi madre, jamás permitió que jugara en las guerras de barro que iniciaban mis primos. Decía que no era un juego para nenas y podría ensuciarme la ropa.

La verdad es que no lo entendía. Por qué las muñecas tenían que ser mi juego, ir a danzas y usar incómodos vestidos. Los juegos de lucha con mi hermano mayor me alegraban los días y, aunque no era de señorita andar a los golpes, los videojuegos de carreras de mi hermano me parecían muchísimo más entretenidos que jugar al té con veinte muñecas y hablar sola.

Todas estas cosas, las fui tolerando menos a medida que crecía. No quería ni entendía, me enojaba que por ser mujer tuviéramos que limpiar y atender a los demás. En cambio, mi padre y mi hermano no. Porque son hombres y a ellos no les correspondía hacerlo.

Aunque por parte de mi familia, haya sido influenciada a comportarme como una señorita que, además le sirve al hombre, nunca me sentí cómoda en ese lugar.

La lectura me ayudó a salir de esa burbuja donde fui criada. Pude descubrir otras realidades respecto al rol de la mujer, donde podría valerme por mí misma sin depender ni servir a ningún hombre por obligación. Pude entender que no era necesario vestirse de rosa para que me consideraran como tal.

Ojalá mis hijos y futuros nietos puedan comprender esto. Que no padezcan lo que padecí yo y sean libres de elegir sin tener la presión de nadie.

Sábado

Ariel Cepeda

Amanece. Los rayos del sol caen sobre mi cara. Un ladrido tosco y grave, propios de un perro viejo y grandote, retumba en mis oídos. Me enderezo lentamente en el banco, corriendo la frazada para un costado. Un señor de no menos de sesenta años me guiña el ojo al pasar.

Me subo al primer colectivo que pasó. Un 531, verde. Al centro y al Hospital Regional. Paso por lo de mi primo a levantar las revistas y tomar un café. En la mesa ratona del hall me esperan las *Viva* de esta semana. No hay nadie.

Agarro el paquete y salgo para la San Martín. Las carteleras brillantes, el Sacoa, el exceso de calor humano: la peatonal siempre tuvo su atractivo. Espero sentada mientras la tarde se pasa volando y las revistas siguen ahí. La mayoría de los que pasan ni siquiera contestan mis invitaciones, me miran de reojo sin frenar. Un niño que se escapó de su madre me tiró

dos monedas y rió. Con esa enorme e inocente sonrisa que se contagia a mis mejillas, secando mis lágrimas. Vuelvo al departamento con dos o tres revistas menos que ayer.

Anochece. Silvina busca mi bolso negro mientras me maquillo en su baño. Ella viene y me corrige el delineado. Nos abrazamos.

Salgo para Constitución. Las luces bajas en las esquinas. El frío viento de agosto se siente hasta en los huesos. Yo de minifalda, la puta que me parió.

Un Bora negro se frena a dos metros y baja el vidrio.

—¿Esperás a alguien?

—Depende, ¿querés que te espere?

El hombre ríe.

—Vamos —me dice mientras abre la puerta y prende el estéreo.

En la radio suena un tema de Maramá, que ninguno quiere escuchar, pero que, a su vez, afloja la tensión. Al final, sólo pensamos en una cosa.

Llegamos a su departamento. La falta de muebles y el aroma a colonia barata dan un aire a hotel olvidable. En su habitación sólo hay una cama.

Me presto a sacarle el saco. Deslizo la mano por su bolsillo, acariciando suavemente el papel. Su brazo izquierdo me encierra, y sin hacer fuerza alguna, empiezo a perder el aire. Con la otra mano me aprieta un glúteo. Me muerde. Yo gimo. Empezamos a actuar.

Mi último adiós

Juan Diego Díaz Carrizo

Nada me asustaba más que volver a ese lugar. No pasaba un solo momento en el cual no piense lo que se vivía ahí. Todavía me quedaban varios días para disfrutar de mi familia, de mi madre más que nada. La veía cada día que pasaba, más débil y moribunda.

Al día siguiente me propuse no pensar en nada de lo que pasé, de lo que viví. Me dediqué de lleno a disfrutar de las pequeñas cosas de las que antes no tenía noción que eran tan significativas. Mi mamá estaba empecinada, conmigo y con el hecho de cómo la pasaba en las trincheras, en el batallón.

Todo el tiempo traté de dejarla tranquila, de hacerle creer que no era todo tan malo como lo que escuchaba por allí. Yo por mi adentro sabía que no era así, que cada momento en el que estuve en esa guerra, tan horrible y descabellada, prefería estar muerto.

El frío que pasaba, el hambre, ver a mi amigo de la infancia morir a la par mía, perdiendo la vida en un segundo. Los disparos, las bombas permanentes y con la muerte al lado acechándonos.

Todo eso me lo iba a llevar conmigo hasta el día que me toque morir. Estoy seguro va a ser pronto. Era inevitable no pensar que el día que me toque partir sería mi último adiós para todo lo que más amo en el mundo.

Después de varios días de paz y tranquilidad, de hablar con mi madre y a la misma vez despedirme, tenía que volver. Cómo olvidarme del burócrata de mi padre y sus manías, haciéndose el patriota, hablando sin saber de lo que es la guerra. Nadie sabe cómo es si no lo vivió.

Me tocaba partir otra vez hacia el batallón. Lleno de lágrimas en los ojos y con un dolor inmenso en el pecho, pero con la tranquilidad de que pude despedirme de todo y de todos.

Sabía que esta vez no iba a volver, que me iba a quedar allí, vaya uno a saber en qué lugar. Mi fe de sobrevivir era casi nula, lo único que me daba paz y armonía era el hecho de que mi madre estaba tranquila porque yo hice que este así, espero que viva muchos años más. Por mi parte la llevaré siempre en mi corazón.

Es el final

Santiago Donato

¡Qué sensación tan horrible! Ir cayendo desde el cielo a toda velocidad. Ver la tierra cada vez más cerca. Esa sensación que el final está llega. El sonido del ambiente se cubre de gritos desesperados y en un instante la oscuridad se apodera de mí y llega la calma.

El sonido del timbre de casa me despierta, estoy acostado en la sala de estar y veo a Clara, mi mujer, abrir la puerta de entrada. Llegan mis padres y le dan un fuerte abrazo. Intento levantarme pero es inútil, mis piernas no me responden al igual que mis brazos. Mi madre se acerca a donde estoy y rompe en llanto, mi padre mientras la consuela y se la lleva lejos de mí.

De a poco vienen los recuerdos a mi cabeza. Mi jefe diciéndome que tengo que tomar el próximo vuelo a Ecuador a cerrar un tema de negocios. Clara despidiéndome en el aeropuerto. La señora que se sentó a mi lado en el avión. Todos los recuerdos pasan por mi cabeza una y otra vez.

El timbre suena otra vez, son mis hermanos, que no los veía a todos juntos desde que éramos chicos, cuando vivíamos todos juntos en una pequeña casa de barrio. De repente la casa se llenó de gente, algunos compañeros del secundario que no veía hace mucho, otros que ni siquiera recuerdo de dónde me conocen.

En un momento mi hermano Gabriel, un año más grande que yo, con quién compartí todo tipo de aventuras, rompe el silencio que adornaba la sala. Cuenta una anécdota que me dejaba muy en ridículo. Las risas contaminan la sala. Cada persona del lugar empieza a contar alguna historia que me involucra.

Se va haciendo de noche y todavía faltan algunos hablar. Las lágrimas se fueron transformando en carcajadas. Este momento es perfecto ¡qué sensación tan linda!

¡No es lo que parece!

Matías Dupont

Esta es la historia de Juan José Muscardi. Secretario de oficina francés, de cuarenta y cuatro años. Todos los días, este hombre caminaba apurado a su casa para almorzar. Una cuadra y media antes estaba Horacio, un vagabundo de avanzada edad que vivía, junto a su perro, en la calle.

Era un miércoles cuando, como todos los días, Juan José tomó su abrigo, se puso su bufanda y salió a los apurones de la oficina con dirección a su casa. Dos cuadras antes de llegar, le llamó la atención una particular silueta a un costado de la vereda. Preocupado, siguió su instinto y se aproximó cada vez más rápido. Al estar a metros, notó que era un vagabundo el que escondía debajo de una frazada, tomando un vino para lidiar con el frío seco del sur. Cuando pasó por enfrente, lo saludó, mientras que Horacio, amablemente, le pedía una moneda para comprar comida. Sin respuesta alguna, Juan José siguió de largo.

Al llegar a su casa, se puso a comer su almuerzo mientras le comentaba a su mujer de esa humilde persona que se sentaba en la vereda, frente a su hogar. Por alguna razón, le molestaba la presencia de Horacio a tan sólo ciento cincuenta metros de su casa. “Borracho, vago, delincuente, sucio y desprolijo”, pensaba Juan José.

Pasaron los meses, llegó el calor del verano. El estrés de cerrar el año laboral había llegado. Juan José estaba muy raro con respecto a su comportamiento. Se encontraba deprimido, se llevaba mal con sus compañeros de trabajo. Su jefe lo tenía cada vez menos en cuenta. Un día, al salir de trabajar y, como de costumbre, fue directo a su casa. En el camino tomó toda la cerveza que pudo cargar. Al cabo de dos horas, estaba muy borracho. Al llegar al lado de su mujer, en su casa, sintió que le había faltado el respeto, y comenzó a golpearla. Lo hizo tan fuerte que Eugenia, su esposa, terminó en el hospital.

Hoy, Juan José, está en una celda. La única visita que tuvo fue Horacio.

Son cosas que no pasan

Fabián Enríquez

Los aniversarios son uno de los motivos para que las personas se presten a la celebración. Éste es el caso de Ramiro y Lucía. Ellos viven en La Plata. Cumplen diez años de casados. Él, como un caballero, la invitó a cenar a uno de los restaurantes más lujosos de la ciudad. El reloj marcaba las nueve y media de la noche. Se encontraron frente a frente, separados por una mesa redonda. Todo era indicio de que iba a ser una noche maravillosa y única.

Como es costumbre, Ramiro colocó su celular en la mesa y, antes de hacer el pedido, prefirió dirigirse al baño, expresándole a su esposa que en un momento regresaba. Pasó menos de un minuto y el teléfono de su esposo comenzó a sonar. Lucía, producto de su curiosidad, tomó el celular y abrió el mensaje. Cuando lo leyó, se dio cuenta que la situación era grave. Un número terminado en 605 se tomó la molestia de escribirle a su marido para preguntarle cómo estaba. Al ver el historial de mensajes, ella se enteró de que su esposo tenía una relación oculta.

Una vez que Ramiro salió del baño, Lucía, indignada, comenzó a decirle todas sus verdades. Como era de esperar, pidió el divorcio y, antes de retirarse, escuchó la voz de Ramiro que decía:

—¡Es verdad! ¡Tengo una relación oculta porque me cansé de vos! ¡Si querés el divorcio te lo doy con todo gusto! ¡Es más, me hacés un favor!

Queda claro, que este tipo de situaciones en los cuentos de amor no pasan.

Un triste adiós

Daniela Escalante

Recuerdo que hace un tiempo atrás ella estaba bien, lo notaba en su sonrisa, su voz tan dulce y muy particular. La había cruzado hace unas semanas, muy apurada, pero con esa luz especial que la caracterizaba.

Tantas imágenes y momentos se me cruzaron por la cabeza, no lograba comprender por qué ella.

Era una persona muy querida y odiada a la vez, siempre fue temperamental y le jugaba en contra al momento de la relación con el otro. Quien la conocía de años, sabía que era su carácter.

Muchas veces pensaba que en ésta vida, se van las personas realmente humanas, las que dejaron una marca imborrable.

Estábamos todos ahí, alrededor de ella, mirábamos su color pálido, hasta por momentos parecía dormida. Su aspecto desgarraba porque no se podía ver la luz en sus ojos, tampoco podíamos oír su dulce voz.

Fue tanta la angustia que sentía. Para volver a la realidad, me bastaba con tocar sus manos frías, así sacaba de mi mente la posibilidad de que sólo estaba dormida.

Nadie pensaba que este sería su final. Muchos, estoy segura, no la olvidarán. Cada vez que miren al cielo, se la imaginarán con todo su brillo.

Miedo a dormir

Malena Escobar O'Neill

Esta serie de sucesos ocurrieron hace cinco años, en La Plata. Era una de esas noches de verano. Calurosas, pesadas y húmedas.

Ella, Celina Ferretti, tenía dieciséis años. Era una chica diferente. Fría. Directa. Sin muchos amigos. De alguna manera llamó mi atención. Éramos muy cercanas, como mejores amigas. Una noche, entre velas, me contó algo que le venía pasando hace muchas lunas. Para ella era casi normal. Iba al colegio sin dormir, con ojeras, Muchos días no comía.

No toleré la situación de verla así. Le exigí que me contara lo que le sucedía. Tras dar vueltas, me contó que hacía varios años que, cuando se dormía, se levantaba en la mitad de la noche. Se despertaba con el cuerpo rígido. Sentía que alguien la sostenía y no podía moverse. Quería gritar y la voz no salía de su garganta. Ni prender la luz, se encontraba sola y a oscuras. De vez en cuando, podía visualizar una sombra negra, inmóvil, que lo único que hacía era mirarla desde un extremo de la habitación.

Sólo una vez sintió que se acercaba y la agarraba por el brazo. Ella, desde su mente, gritaba, pateaba y lloraba. Nada pasaba. Su cuerpo no reaccionaba. Era algo alarmante. Se sumergía en desesperación. ¿Se imaginan tener miedo a quedarse dormido? Una de las cosas que la mayoría de nosotros ama hacer, a ella le aterraba. Odiaba el momento en el que tenía que acostarse a dormir. Detestaba hacerlo. Lo sufría.

Nunca se le cruzó por la cabeza pedir ayuda. Le daba mucho miedo. Me lo contaba a mí y temblaba. Yo no podía creer que ella viviera eso todas las noches. Era un infierno, algo inhumano.

Traté de investigar sobre el problema de mi amiga. Quería ayudarla. Al cabo de unas semanas de arduo trabajo de investigación, encontré que era un problema que sufrían muchas personas. Sobre todo adolescentes. Al contarle a Celina, decidió pedir ayuda.

Afortunadamente, la obtuvo. Y una muy buena. Era un desorden del sueño. Lo importante es que no le pasó más, gracias a la terapia que llevó a cabo. Fue un proceso lento y paulatino, que, al final, dio sus frutos. A mi siempre me quedó la duda, ¿qué era aquella sombra negra que ella veía? ¿Era sólo un producto de su imaginación? Eso nunca lo creí.

Inocencia en zapatos agujereados

Lara Esquivel

Los gritos de Pablo les recordaban a los niños que estaban vivos y que debían bajar de inmediato si no querían ser mojados con agua fría, como tantas veces les pasó. A Pablo no le gustaba que los mocosos sean mal agradecidos, siempre repetía: “Agradézcan que no los entrego a un hogar católico para que los curas se diviertan con ustedes”, y continuaba: “Yo soy él refugio en invierno, la comida y la protección de la policía”.

El sol colado por un agujero en la chapa del techo iluminaba el cuarto, o ese simple rincón en la casa de su protector. Estaba húmedo y lleno de polvo pero, los pequeños, se sentían afortunados. Esperaron un desayuno con yogurt y cereales e inconscientemente, soñaron que era su primer día de clases en primer grado. Sin embargo, sólo era un día laboral para todos.

La estación del ferrocarril Roca en Plaza Constitución comenzaba a llenarse de personas apuradas. El movimiento de otros vendedores era notable. Los niños de nadie se dividían las tareas: dos debían viajar a Retiro con una canasta de flores, otros dos subirían a cantar el himno nacional en el tren y los mayores se encargarían del trabajo sucio.

Los zapatos agujereados colaban pequeñas brisas heladas que hacían vibrar sus cuerpos, principalmente a los que vendían ramilletes de rosas. Nada era peor que no ganar ni diez pesos, ya que Pablo no era considerado y los castigaba con palizas y ayunos. Algunos niños a veces cambiaban de tareas buscando algo menos arriesgado, y quizás, más divertido. Pero, no había caso. Esta vida no era la que soñaban.

Calurosos y asfixiantes veranos e inviernos interminables trabajaron sin descanso esperando que los años los recompensen con la experiencia necesaria para ser piloto, maestro, adinerado y feliz. Se les ocurrió que la escapatoria del sufrimiento era la muerte,

pero alguien en el tren les habló sobre crecer y perseverar. Entonces, los días pasaron más rápidos. Ahora en la oscuridad de rincón frío se oían susurros: “cuando crezca seré piloto de las Fuerzas Armadas”, “cuando crezca seré el mejor chef de todos”.

De eso no les cabía duda, ni crecimiento y próxima emancipación de su protector eran inevitables. Las almas puras sabían fehacientemente que llegaría pronto y que ser feliz no era imposible.

Los abuelos de la nada

Candela Ferrari

Mariano era un joven de veinte años que asistía al colegio especial Antonio Provelo, en la ciudad de La Plata.

La particularidad de la vida del adolescente era su relación con los abuelos paternos. Ellos no aceptaban y tampoco se interesaban por nieto. Todo lo contrario ocurría con los maternos, quienes aprendieron sordomudo en la A.S.L.P para poder comunicarse con Mariano y también lo cuidaban cuando era necesario.

A pocos días de su cumpleaños, más precisamente el veintiuno de agosto, era el Día del Niño. Sus abuelos paternos fueron a cenar a su hogar y aparecieron con un regalo para su hermano, que por cierto era mayor que él. Mariano se quedó esperando, pensando que también iba a tener un regalo pero no fue así.

Los días pasaron y llegó su cumpleaños. Organizó una fiesta con sus amigos y familiares a la que fueron invitados sus abuelos paternos. Claudia y Héctor, sus padres, sorprendidos por la invitación, dejaron que actuara libremente y no hicieron ningún comentario sobre el tema.

A la mañana siguiente de la fiesta, el adolescente les expresó a sus padres el dolor y la defraudación que tenía y se preguntó por qué sus abuelos no lo querían. Decidió salir a despejarse al parque que había cerca de la casa, pero ocurrió lo peor: fue atropellado al cruzar la calle por un auto que le tocó bocina pero él, al no escuchar, no se enteró de nada y falleció antes de que la ambulancia llegara.

Al velatorio de Mariano asistieron sus amigos más cercanos y sus familiares. Entre la cantidad de gente, Héctor vio al fondo a sus padres. Tomó coraje y se acercó preguntándoles cómo les iba la cara para estar ahí.

No tuvieron mejor respuesta que darle el pésame e ignorar lo dicho por su hijo. Héctor, entre sollozos, antes de dar media vuelta para siempre les dijo “él jamás los perdonará. Y yo tampoco”.

Me gustan el rosa y el azul

Camila Franco

Desde ahí adentro no se podía ver mucho. No sabía dónde estaba, no sabía qué era ese lugar, no sabía qué era. Sentía, pero no sabía qué.

Pasaron los meses y veía un poco más. Escuchaba su voz. Era como una melodía que resonaba y me hacía bien. Decían que mi nombre iba a ser Martín o Aldana. Hablaban de si sería nena o nene, si compraría ropa rosa o azul. ¿Qué es una nena y qué es un nene? ¿Yo qué era?

Un día ya no estuve más en ese lugar. Estaba en otro mundo. Sentía frío, sueño y algo que me generaba un vacío en el estómago. Me llamaron Camila y toda mi ropa era rosa, o eso decían.

Pasaron los años y llegó una Navidad. A mí no me gustaba mucho el rosa, así que me vestí de turquesa. Desde chica le pedí a mi mamá bebés de juguete, porque las muñecas me aburrían. No hacían nada y yo no podía hacer nada con ellas. Me cansas tener que usa mi

voz para fingir que la muñeca estaba hablando. Pero me di cuenta de que con los bebotes me pasaba lo mismo. No eran de verdad y eso me aburría. Siempre hice mucho deporte y mi papá me enseñaba a jugar al básquet y eso sí me divertía. Así que a Papá Noel le pedí una pelota.

Era medianoche y el barbudo me había traído lo que le pedí: una pelota de básquet, rosa y con monitos de colores. La usé tanto que no me arrepentí de no haber pedido un muñeco o una Barbie como mis amigas.

Llegué a la adolescencia. Me encantaba el deporte. Mis amigas tenían uñas largas, pero yo me las comía y no me interesaba. No me fijaba mucho en mi imagen, no me daba cuenta.

Unos años después mi hermana llegó con un novio. Yo, que era más grande, nunca había llevado uno. Como nunca hablé con mi mamá acerca de hombres ella pensaba que era lesbiana. Pero no sabía que a mí sí me gustaban los chicos.

Entonces, cuando me decían que no tenía que preocuparme si me gustaban las chicas o cuando se ponían serios y me preguntaban “¿te gustan las mujeres?”, me ponía mal y me daba bronca. No era lesbiana, solamente no me gustaba mucho el rosa, me comía las uñas por nerviosismo y me encantaba el deporte.

Mi papá siempre quiso un hijo varón. Él no lo dice pero yo lo sé. Entonces jugaba con él al básquet, me enseñaba boxeo, andábamos en moto, jugábamos al fútbol con mis primos y a mí me agradaba. Pero también me gustaban los chicos, mirar películas de amor, como muchos hombres y mujeres, me gustaba escribir, cantar baladas y esas cosas. No era como mi hermana. Ella jugaba con las barbies y a mí me aburría.

Hoy ya voy a la facultad y sigo sin novio. No me molesta porque soy chica. Además, ya me gusta un poco más el rosa y me dejé crecer las uñas parejas. La sociedad moderna no te exige tener novio, pero hay que hacérselo comprender a mi abuela. Mi mamá lo entiende bastante. La otra vez le pedí a mi papá que me comprara guantes para lavar los platos porque sino las uñas se me rompían, lo dijo mi abuela. Cuando los traje, eran rosas. Entonces pensé que no había guante para hombres, será porque no lavan mucho los platos o porque no se preocupan por las uñas. No sé, pero no hay.

Ayer mi papá habló por teléfono y escuché que decía “te voy a dar una mala noticia. No vas a poder asistir al curso, así que volvé a tu rutina tradicional de trabajo. En otra oportunidad será”. Yo le pregunté ya que me dio intriga.

—Era una piba que está con nosotros, en la policía, y quiere hacer el curso —me respondió —¿Y?

—Y tiene 19 años. Y es mujer. Yo ya sabía que no iba a entrar. Esto no es cosa de mujeres. Si tienen que matar a alguien, piensan mucho. Por eso las terminan matando. En cambio el hombre no medita tanto. Las mujeres son para otras cosas.

—¿En pleno siglo XXI siguen pensando así? Wow.

Recordé cuando me comías las uñas y jugaba al fútbol. Quería ser así otra vez. Quizás era una forma de no mostrar debilidad a mi padre. Yo era fuerte y podía patear una pelota, podía boxear y podía ser mujer.

Rebeldía femenina

Antonella Gil

Su nombre era Marissa, aunque muchos bufones que vivían para fastidiarla se dirigían a ella con sobrenombres masculinos fuertes, como forma de repudio a sus acciones.

La familia la acompañó todos los días de su vida, aún más cuando ella se unió a una organización barrial en donde militaba en su tiempo libre.

Era la primogénita de dos hermanos que amaba mucho. Uno de ellos, Erik, solía discriminarla de gran manera. Marissa definió esa dolorosa situación, y a la vez tediosa,

como machismo de su parte. No pasaban mucho tiempo juntos, sólo cenaban siempre a las ocho y media y era en ese momento cuando se hacía sentir la guerra fría por parte de él.

No entendía el por qué de tal desprecio, soñaba con superarlo o al menor que él lo hiciera. Que admitiera que su hermana era quizás un poco diferente al grupo, que ya era bastante agredida en la escuela para sentir lo mismo o peor en su hogar.

La causa de su repentina decisión era un secreto para todos los integrantes de su casa, podían entender su forma de ser pero realmente estaban afligidos. Creían que Marissa había llegado a tenerles gran odio a los hombres, por eso se había convertido en una rebelde de la sociedad.

No obstante, pudo explicar que de ninguna manera existirían en ella comportamientos que la harían al final pero o igual a esos sujetos horribles que la molestaban. Decidió seguir haciendo militancia social, ayudando a personas víctimas de violaciones, con grandes problemas a la hora de sociabilizar.

Entendía a la perfección no encontrarle sentido a la vida, después de ser agredida sexualmente y no tener al final respuestas por parte de la justicia. Marissa caminó los centros de atención para ayudar a esa gente y lo hizo de forma gratuita, porque alguien la ayudó a ella, además de tener a su familia, o al menos parte de ella, para contenerla aunque la llamasen rebelde.

La lluvia del miedo

Marcos Giménez

El día amaneció nublado, el color gris dominaba el cielo y el sol no aparecía en el horizonte.

Los automóviles, camiones con acoplado, motos y colectivos circulaban muy lentamente por las autopistas, la Avenida 9 de julio y otras.

Las personas iban caminando hacia sus trabajos sin importarles lo que sucedía alrededor.

Las olas del Río de la Plata llegaban hasta la altura máxima de las murallas de contención, cerca de los barrios de Núñez, Belgrano Norte, Palermo y Barrio Norte.

Una lluvia intensa comenzó a hacerse presente en la ciudad de Buenos Aires. El agua superó la altura de la muralla e inundó las calles aledañas al río. Los conductores de los vehículos y medios de transporte no se hicieron ningún problema, sólo les interesaba llegar a su destino.

La lluvia aumentaba cada vez más la intensidad y el drenaje ya no daba abasto para desagotar a la Capital.

Andrea estaba durmiendo en su casa, en el barrio de Núñez, ya que era el día de descanso del trabajo. El agua ingresó a su habitación, ella no despertaba y su cuerpo empezó a flotar. Además, no sabía nadar.

Al abrir sus ojos no entendía nada de lo que estaba pasando. Intentó respirar pero ingirió demasiada agua sucia del río. La corriente se llevaba todo a su paso, no dejaba nada sobre las calles. La no posibilidad de respirar, la desesperación de no saber nada y el miedo por la situación la vencieron.

Linda la fiesta

Maximiliano González

Puede ser que siempre que me tiro a dormir, acá se ponen a hacer quilombo. Para colmo, ahora la vieja parece que se le dio por la jardinería de interiores. Me parece raro, por sus alergias, nunca fue muy fanática.

No conforme con impedirme dormir, comenzó sus inventos decorativos los comienza en mi cuarto. Pensándolo bien, tampoco tengo una cruz de madera a escala humana a los pies de mi cama, y hasta donde recuerdo, ninguno acá es católico, menos yo.

Si esta no es mi pieza, que papelón me quedé dormido en una Iglesia. ¿Es música? Que feo eso que se escucha, parecen llantos ¡Uh! De vuelta los gritos de mi mamá, creo que me está retando, seguro por quedarme dormido en este lugar, por las dudas no me levanto. Quizás es porque anoche salí con los chicos en el auto y ahora aparezco dormido en cualquier lugar.

Me reclama que me levante, pero lo intento y no puedo, sabe que si salgo duermo hasta las dos de la tarde. Qué raro, la escucho triste, angustiada. ¿Tanto bardo porque salí con mis amigos a bailar?

No, esto no es porque estoy durmiendo. Pasó algo. Me doy cuenta porque con ella escucho la voz de mi hermano mayor conteniéndola y se sientan a mi lado. Puso su mano en mi pecho, pero aunque intento no me logro mover. Quiero mover mis brazos y sujetarlo, pero ni un músculo me reacciona.

Escucho más atentamente a mi vieja, sus gritos son de furia, enojada con Dios y la vida. Sigue suplicando, lo intento, pero no logro nada. Lágrimas tibias caen sobre mi frente y tengo la cara de mi viejo triste y desolado como nunca lo vi en mi vida. Un tipo duro como él, nunca lloró delante de nadie.

No tiene caso que me niegue, sé bien dónde estoy, este es mi funeral. Mi hermanita está a mis pies, ella que siempre resulta ser una maquina de hablar pavadas, la veo tan tímida y callada con los ojos rojos. Mi querida pequebus, no te puedo ver de este modo.

¿Qué fue lo que pasó anoche? ¿Y los chicos? ¿Ramiro, Atilio, Alexis, dónde están? ¿Serán esos los callados del fondo? Pero si nunca pudieron cerrar la boca, en momentos serios como la entrega de diplomas.

Están callados los muchachos, no los escucho reír. Les pido que no me despidan de este modo. Atilio, limpiá ese florero, Ramy traé la Coca y Ale, prepará un Fernet. Vamos chicos, que la luz me llama y esas caras largas no me gustan. La culpa no es de ustedes, ahora me acuerdo. No me puse el cinturón de seguridad, esa mala costumbre de siempre ser el que me termino matando en nuestras noches de parranda. Me voy chicos, los espero arriba con el hielo.

Un viaje al más allá

Mía Gorosito

Una noche de invierno fría y oscura salió con sus amigos a ver unas bandas de rock. Solía hacerlo frecuentemente. A Mía le encantaba tomar cerveza y reír hasta tarde con ellos.

Esa, su última noche, se encontraba con su amiga, esa que nunca me terminó de convencer, la chica de las rastas. Fueron a un bar y conocieron a unos chicos un poco raros, con aspecto punk. Conversaron por un largo rato y bebieron hasta muy tarde. El bar cerró y tuvieron que irse. Yamila, la amiga, se fue a su casa porque al día siguiente debía estudiar y Mía se quedó con ellos.

Uno se llamaba Gonzalo y la invitó a su departamento a seguir bebiendo y a pasar el rato. Mi hija, confiada como siempre, decidió aceptar sin medir el peligro de irse con un desconocido. Al llegar al lugar, él le mostró unas pastillas de colores las ingirió con el fin de “viajar”. Mía siempre fue influenciables y le encantaba desafiar todo aquello a lo que yo le había dicho que no.

Entonces le pidió que le convidara. Al cabo de un rato le dijo que no sentía ningún efecto y consumió otras dos pastillas que bajó con unos vasos de cerveza. Pasadas las horas comenzó a sentirse rara y quiso irse a su casa porque no sabía qué le estaba sucediendo. Llamó un remis, bajó las escaleras y encendió un cigarrillo mientras esperaba el coche.

Llegó a su departamento, se acostó y no volvió a despertar. El lunes por la mañana fui a verla, como solía hacer frecuentemente. Llamé a la puerta y no respondió. Yo tenía una copia de las llaves así que entré y me encontré con el horror. Se encontraba recostada en su cama, con una pierna afuera del colchón, tenía el maquillaje corrido, los ojos dados vuelta y espuma en la boca. Jamás creí que esto me iba a suceder a mí. Las drogas me habían quitado a mi hija.

En este momento la tengo frente a mí en un cajón. Sus amigos llegan poco a poco. Son muchos, ella era una persona muy sociable y amaba pasar ratos con ellos. Todos lloran y buscan consuelo abrazándose. También le dejan cartas, objetos y otros un simple beso en la frente y una lágrima.

De la familia hay pocos: su padre, situado en un rincón observando desde lejos. Creo que está en shock. Su hermana llora sin consuelo, sus tíos y mi marido intentan contenerme en este gran dolor que siento. Hoy puedo decir que estoy muerta en vida, una parte de mí se fue con ella.

Una vida ajena

Gabriela Governatori

Natan por fin estaba en su casa. Si no hubiera sido porque sabía que tenía regresar a ese lugar tan oscuro, a la batalla, a la fangosa y helada trinchera, al hambre, al miedo extremo que le tenía a la muerte, hubiera disfrutado mucho más. El aire, cada cosa, cada objeto, por pequeño o insignificante que fuera, tenía olor a hogar.

Su madre estaba tan enferma y la vio tan frágil. Hubiera deseado quedarse a su lado, una vez más ser un niño muy pequeño y acurrucarse en sus brazos. Quiso recluirse en su regazo para no tener que volver a ese frío, a esa duda permanente, a esa maldita vulnerabilidad de la vida que le podía ser arrebatada en un instante.

El silencio y la paz de su casa estaban lejos y ajenos a los estridentes bombardeos. A pesar de ello, no podía descansar por las noches porque pensaba demasiado en que tenía que retornar al frente y en que no quería hacerlo. Soñaba despierto con que esa gran guerra sin sentido llegara a su fin. Quería desesperadamente quedarse anclado a su vida antes del conflicto, a sus recuerdos placenteros del pasado.

Por un momento tuvo la idea de darse a la fuga y convertirse en un desertor. Pero ¿qué sentido hubiera tenido? Debería haber vivido huyendo y lejos de su familia, cuando en realidad lo único que anhelaba era estar entre los suyos y volver a ser joven una vez más. Ahora se sentía viejo, ya que la juventud implicaba, en parte, conservar algo de la inocencia.

De a ratos venía a su mente el olor a carne quemada por alguna bomba, la desesperación de querer juntar los pedazos de su compañero muerto para reconstruirlo y, de alguna forma, que volviera a ser humano. Pero en la guerra la vida no tenían ningún valor, los intereses eran otros para quienes la digitaban. Tampoco la juventud tenía buena cotización a las puertas del mismísimo infierno de dolor en que se encontraba.

Todos hablaban de los soldados, decían que eran valientes, algo así como héroes, los veían con orgullo aún en el pequeño pueblo al que Natan pertenecía. Sin embargo, él sabía que se había transformado en alguien que no quería ser, viviendo una vida que no había elegido para vivir.

Disfrutó la última en su casa antes de partir. La cena estaba deliciosa, no porque fuera un manjar sino porque era familiar, íntima, cálida y ajena a todo lo que sabía que le esperaba. Se quitó la ropa de ciudadano común y, al hacerlo, sintió que cuando se desprendía de ella se despersonalizaba. Con desgano volvió a vestir el uniforme con todo su peso. Cuando se miró en el espejo no pudo reconocer al muchacho sencillo de pueblo, encontró con desagrado la imagen de un soldado cualquiera y desconocido, que como otros cientos

volvía a la batalla. El reflejo que le devolvía el objeto le produjo un dolor punzante en el pecho. En ese preciso momento dejaba de ser un hijo, un hermano, un pueblerino, para uniformarse de guerrero y tal vez de asesino.

Besó la frente perfumada y tibia de su madre y le mintió prometiéndole que volvería. ¿Quién hubiera podido saberlo con certeza? Entonces partió con el morral al hombre y con paso firme disimuló una lágrima que se le había escapado.

Ya en la calle respiró el aire de su barrio y de su gente por última vez antes de volver no a luchar por su patria sino a batallar por su vida. A pesar de ya no era la suya, sino una que le habían inventado y obligado a sufrir contra su voluntad.

Tarde gris, para algunos

Fabricio Huircapán

Era una tarde gris en la ciudad de Puerto Madryn, el habitual viento constante no estaba presente. Todo parecía calmo hasta que se levantaba la vista y se veía cómo las oscuras nubes se amontonaban silenciosas, cargadas de tensión y miedo. Los habitantes eran conscientes de que el árido suelo no estaba preparado para soportar grandes precipitaciones que, a veces, provocaban inundaciones que afectaban principalmente a los barrios periféricos, la mayoría sin asfaltar.

La lluvia afectaba de diferentes formas a las familias. La de Juana, al ver el agua inminente, rápidamente juntaba los tarros para ubicarlos en puntos estratégicos de la casa donde —ellos ya sabían— goteaba. El padre junto a su hijo elevaban una montaña de tierra en la puerta, con la esperanza de que fuera esa, la barrera que los sacara de la inundación. Vivían en un barrio de cosas precarias, sin asfaltar, en la periferia madrinense.

Para la familia de Ana, en cambio, era una gran oportunidad para reunirse en el comedor y hacer tortas fritas. Aunque también tenían goteras, no sufrían grandes problemas más que la incertidumbre de no saber su magnitud o si se taparían los desagües. Si se cortaría la luz o si podría salir a jugar más tarde.

La lluvia se mantenía constante y empezaban a caer relámpagos. Las personas corrían a refugiarse usando sus bolsos de paraguas. Los perros ladraban y las alarmas de los autos sonaban y se sumaban al clima de tensión.

En la casa de Lara, a diferencia de otros, se disfrutaba bastante la tormenta, ya que podía observarla desde el ventanal de su imponente casa frente al mar, tomando una chocolatada o escuchando música. Cuando prendía la TV no entendía por qué tanto escándalo y preocupación. Pensaba que eran los medios, de nuevo, exagerando todo. Sin darle mucha importancia, ella siguió con su rutina. Mientras la chocolatada se le enfriaba contrastando con el mar y la lluvia, ella sacó una foto y de manera instantánea la subió a su Facebook con el pie “lluvia” seguido de un corazón.

Un permiso para poder vivir

Lautaro Ingani Loza

Tras haber regresado a mi casa tuve el tiempo necesario para deshacerme de todos los fantasmas del pasado que estaban dando vueltas.

Tuve que pedir permiso para poder volver de la guerra a casa, ya que mi madre estaba sufriendo por una enfermedad que hacía yagas en lo más profundo del alma de mi hermana. También para transmitir la última voluntad de mis compañeros caídos y explicarle a mi padre que, cuando yo no estuviera, él tendría que ser el hombre de la casa.

Al llegar me encontré con la misión más difícil de mi vida: marcar un rumbo borrado por un opaco gris que dibujaban las mañanas, las mismas mañanas en las que mi madre no se

podía levantar de la cama. Se me agotaba el tiempo del permiso y todavía no le había devuelto todo lo que hizo por mí.

Quizás me faltó adquirir experiencia en la guerra o aprender más de ex combatientes. Estaba gatillando ideas para poder llenar el vacío del espacio que se generaba por la incertidumbre de no saber qué hacer. Vi morir compañeros por la ineficiencia de un plan de acción, pero era muy grande la falta de una estrategia en planeamiento a diario que dejaba vulnerable a mi familia. Necesitaba una mochila más grande, ya que no había lugar para tantos cargadores, suministros y responsabilidades juntas.

Dicen que el arrepentimiento nos hace traidores a lo que somos. Nunca volví a la guerra, me quedé en mi casa para estar junto a mi familia y conseguí otro trabajo. Decidimos, con mi hermana, acompañar a nuestra madre en su última pelea y así formar nuestro imperio. Prefería ser un traidor a lo que era pero fiel a lo que quería ser.

Amanecer no era lo mismo. Faltaba ese algo que me motivaba a librar una nueva batalla. Igualmente nos la ingeniábamos. Trazábamos una ruta, con su determinado plan de escape y redirigí la estrategia de mi vida para terminar cada enfrentamiento con la frente en alto y no moribundo en una trinchera.

A los pocos años me casé y formé mi familia. Junto con ella vino la responsabilidad de asumir la última guerra de mi vida: mi hijo. Si bien era mi cadete, me propuse no ascenderlo hasta que pudiera vivir su infancia y aprendiera a ser un niño.

La realidad se ha vuelto mi locura

Diana Carolina Jaimes

Después de hablar un rato con mi madre vuelvo a mi cama. Aunque todo está en absoluto silencio, el estallido de las bombas retumba en mi habitación.

No puedo cerrar los ojos sin ver a mi alrededor el gesto de dolor y de angustia de mis compañeros y escuchar sus gritos de desesperación.

Mi cama está caliente y muy cómoda. No sé si quedarme en ella o dormir en el piso. Siento no merecer el estar de vuelta en casa.

Quizás el estar tan lejos de lo que había sido mi realidad en los últimos años me hace sentir que ya ni siquiera en casa encuentro paz.

Un amigo de la familia llega a visitar a mi madre. Con enorme asombro me mira y me dice que no puede creer lo bien que me veo. Por algún tiempo pensó que yo no iba a regresar.

Conversamos unos minutos pero me arrepiento, sus palabras sobre la satisfacción que sentía al saber que yo había matado soldados incrementaron mi ira y mi tristeza.

Ahora está amaneciendo y sólo quiero salir de mi casa a respirar aire puro y sentir el roce del viento matutino en mis mejillas. Camino unas cuadras y pierdo el rumbo. Mi mente divaga, miro a mi alrededor y sin darme cuenta piso un charco. Mis pies están cubiertos de agua, lo sé, pero mi mente me hace verlos llenos de sangre y barro.

Quiero volver a la realidad. Levanto la mirada y veo a mis amigos y soldados enemigos muertos. ¿Qué es esto? No logro comprenderlo. ¿Estoy enloqueciendo? Me pregunto si realmente regresé a casa.

De la mano de un delincuente estaba mi dolor

Elena Montenegro

Nunca pensé que iba a llegar el día de ver a mi mejor amiga muerta, acostada en un cajón, su piel extremadamente fría, tiesa, con los ojos cerrados y los brazos cruzados.

Siempre hablábamos del futuro, de qué íbamos a hacer cuando nos recibiéramos, proyectos, viajes por el interior del país y el extranjero. Pero nunca de esto. Lloro su

muerte, no la tengo al lado, está ahí inmóvil. No lo creo, siento que me va a llevar mucho tiempo asimilarlo.

Fue aproximadamente a las tres de la tarde cuando sonó el teléfono del negocio donde trabajo. Era Ivana, hermana de Elena, quien me contó la noticia que me partió el alma. Me quedé muda, quieta sin emitir ningún sonido, sólo se me caían las lágrimas, tardé en reaccionar. Tuve que ser yo la encargada de notificar lo sucedido a todos los que la conocían, amigos que teníamos en común, compañeros de handball, colegio y facultad.

No quería asistir al funeral, pero era mi amiga y no me lo iba a perdonar. Di muchas vueltas y me decidí, agarré el auto y partí. Ya eran las nueve de la noche y en la cochería “Sellias”, donde estaban velándola, se llenó de autos en la vereda, jóvenes llorando. Di mil vueltas para entrar pero lo pude lograr.

La familia quería cremarla pero fue negado porque a Elena la habían matado, a plena luz del día, para sacarle el celular y plata. Los testigos dijeron que no se había resistido pero a ese maldito delincuente, rata de la sociedad, no le importó, le pegó un tiro igual en el medio de la sien y murió en el acto. Los hechos de inseguridad nos acechan y nos puede tocar a cualquiera, vivir con miedo, no saber si volvemos a nuestras casas o vamos a ser una Elena más.

En el momento que entré, el ambiente estaba con un clima de dolor, bronca e impotencia. Llorando a un ser querido. Todos los que llamé estuvieron presentes. Una imagen fue la que terminó de partirme el alma en dos: Ana, la madre, arrodillada con las dos manos en el cajón diciendo “¿por qué no me llevaste a mí?” de manera reiterada mientras Zaira, con sólo seis años, la abrazaba y, no entendiendo mucho la situación, tenía que vivir esa escena.

Vestida con su ropa favorita, rodeada de flores y coronas estaba ella, mi hermana, la que vivió conmigo toda la niñez y adolescencia codo a codo, siempre al pie del cañón una para la otra. Tener que darle un último adiós, saber que no la voy a ver más, que me dejó para siempre por culpa de un mal nacido. Hoy lloro a mi mejor amiga, mi otra mitad.

Hotel Cecil

Guadalupe Moreno

10.00 am:

La alarma sonaba en la habitación 508. Michael preparaba su café luego de haberse levantado. “Necesito una ducha” era lo único que cruzaba por su cabeza. Trataba de regular la temperatura del agua cuando percibió un extraño olor putrefacto; estaba muy sucia y tenía un color muy extraño.

Bajó las escaleras del gran hotel susurrando maldiciones e insultos. Iba a quejarse sobre su inconveniente cuando vio una gran cantidad de personas en el lobby, así que prefirió irse al trabajo pensando en que por la tarde realizaría su reclamo con rapidez.

Su monótono trabajo no alegró ni un poco su día, era un esclavo más del sistema capitalista y lo sabía. La hora del almuerzo era lo que lograba despejarlo un poco de su rutina.

—Ey, Mike ¿tú vives en el Hotel Cecil, no? —preguntó Leo.

—Sí, aunque no vivo ahí en realidad. Sólo estoy de paso —contestó calentando su comida.

—Oh, ya veo. ¿Nunca te ocurrió algo extraño? Porque he oído algunas historias que lograron asustarme de verdad—contestó mientras tecleaba algo en su celular y le mostraba la pantalla.

Los demás comenzaron a interesarse en la conversación, rodeándolos en la mesa.

—No que yo recuerde —susurró mientras leía la página donde diferentes ex inquilinos contaban hechos realmente extraño sobre el hotel.

Luego de ese tétrico diálogo y esa página, la invitación de Leo para conocer un nuevo bar del centro no se hizo esperar, ya que notó a Mike muy perturbado.

19.00 pm:

Ebrio para algunas cosas, sobrio para otras, Leo decidió alcanzarlo hasta la esquina del hotel, donde luces rojas, azules y verdes bailaban en el paisaje. El desfile de bomberos, policías, paramédicos, periodistas y vecinos puso sus sentidos en alerta y se acercó rápidamente al tumulto de gente para recibir información.

Su sangre se heló por completo, su estómago dio un vuelvo y pudo sentir cómo la bilis le trepaba por la garganta produciéndole náuseas.

“Una chica que se hospedaba en el hotel, de la cual no tenemos registro, fue hallada sin vida dentro del tanque de agua del establecimiento”, informó el jefe de la policía. “El cuerpo de la joven presenta signos de descomposición avanzada, lo que nos confirma que permaneció allí veinte días. Cualquier persona que haya utilizado el agua de la canilla o de la ducha ha tenido contacto con sus restos: se ha bañado con ella, se ha higienizado con ella o se la ha bebido”, finalizó.

Soldado anónimo

Leonardo Moroz

Ya es de noche, es hora de volver al frente. Me encuentro en la estación del pueblo, está oscuro como una boca de lobo. Unos faroles iluminan muy tenuemente el andén donde estoy parado, el tren va a llegar en cualquier momento. Pienso en cómo voy a extrañar este lugar donde me crié, pero tengo que volver al campo donde mis amigos me son arrebatados.

El tren está llegando a destino. Es viejo de madera, el ejército lo usa para enviar suministros a la línea. Tengo que subir. A diferencia de mi primer viaje que compartí con fervientes camaradas con ansias de luchas, ahora estoy solo. Bueno, en realidad me acompañan mis fantasmas, esos que habitan en el interior de mi cabeza y que sólo yo puedo ver. Son amigos, familiares, conocidos e incluso aquellos que no conozco, pero quedan grabados en mi memoria para siempre y me obligan a no olvidar que no tengo que convertirme en uno de ellos, ya que quedaron sin un lugar en el que ser recordados y se perderán en el olvido.

Dentro del tren hace frío, ese que te cala los huesos y hace que tirites como endemoniado. Obviamente no es tan fuerte como en la trinchera, pero allí dentro podés compartir con tus camaradas y se hace soportable, aunque hay pocas cosas confortables en la guerra. Y más en una tan grande como ésta. Perdí la cuenta de cuántos soldados enemigos ya maté, como también dejé de contar a mis compañeros caídos. Y si me pongo a pensar, me doy cuenta que no somos tan diferentes de ellos. Ambos bandos son llenados por un suelo que otros se encargaron de implantar en su cabeza, un ideal que no es suyo sino que forman parte de una red de intereses que se beneficia de la muerte de jóvenes como nosotros.

La guerra nunca cambia, siempre fue y va a seguir siendo así. Pero nosotros si cambiamos ya que somos humanos y luego de una experiencia como esta me doy cuenta que me convirtieron en una máquina que sólo tiene un uso y que se va a apagar cuando termine. Pero nunca va a terminar.

So high

Alejandro Moyano Rojas

Eran las cuatro de la mañana y el celular de Simón no paraba de recibir mensajes. Vibraba y sonaba todo el tiempo desde que se había acostado a eso de las diez de la noche. Agarró su iPhone sólo un instante, según él para mirar las noticias económicas de Argentina y

mandarle un mensaje a su asistente sobre la agenda dl día siguiente. El instante se le había alagado hasta las cinco y media que fue cuando sonó la alarma programada. Sin haber dormido ni cinco minutos se levantó para tomar un baño de agua fría que le quitara el sueño, siempre en compañía de su aparato tecnológico del que no se podía desprender.

Sin desayunar se subió a su Mercedes rumbo a su trabajo a las seis y media y durante su recorrido empezaron las llamadas de sus socios y asistentes para informarle de negocios y compromisos que tendría durante el día.

Simón trabajaba en el último piso del edificio, como todos los magnates empresarios. Cuando se abrieron las puertas del ascensor para dirigirse a su oficina, una avalancha de ruido lo invadió: teléfonos, personas gritando, noticias sobre acciones en la televisión y negocios mundiales.

En la tarde. Cuando se sintió débil y a punto de desmayarse, le pidió por mensaje de texto a su empleada que le llevara algo para comer. Una videollamada interrumpió su comida, en su computadora ya eran las siete de la tarde y en su estómago el vacío se sentía con fuerza.

La vida de Simón era muy ejecutiva desde hacía mucho tiempo. Y aunque él sabía que tenía que para eso, no le prestó mucha atención porque estaba muy ocupado con sus negocios.

El momento del cambio llegó cuando se despertó en el hospital por falta de descanso, lo que lo debilitó demasiado y lo envió a ese lugar de urgencia.

Con la promesa a su abuelo colombiano de que descansaría un tiempo para recuperar la salud decidió hacer un viaje a Colombia, pues él le había contado todo sobre esa tierra llena de cultura, sabor colores y aventuras.

Aunque aterrizó en Bogotá, su destino era el Amazonas, al cual se dirigió rápidamente. Era un lugar con mucho verde, animales, aire puro y muy lejos del ruido y la contaminación ambiental. Los hermosos paisajes lo llevaron a conocer a los indígenas Kechua, con los que se quedó un par de días interesado por su cultura.

La noche del 25 de diciembre lo marcó. Con luna llena, una noche fresca y un ambiente ancestral probó la bebida yaje, un líquido hecho por un chamán quien se lo hizo tomar porque sabía lo destructiva que era su vida.

Simón entró en trance. Un viaje espiritual lo alejó de este planeta, las epifanías llenaron su cabeza, vomitaba sin parar, gritaba de dolor, escuchaba cómo lo juzgaban por hacer tanto mal. Y cuando terminó la locura sintió libertad, perdón y una segunda oportunidad de vivir.

Casi muerto

Eneas Nasif

Me encontraba expectante, a un lado, sin llamar la atención. El protagonista en la escena era otro. Predominaba el color negro. Todos entraban y salían de aquel cuarto ¿qué había allí? La respuesta era obvia, aun así no podía evitar preguntármelo. Ahí yacía el difunto.

Todos parecían salir peor de lo que entraban del salón velatorio ¿por qué? ¿acaso buscaban comunicarse con el muerto? ¿pensaban traerlo a la vida pronunciando las palabras correctas? ¿o creían que al despedirse iban a esclarecerle al velado la eterna oscuridad de la muerte? A esa altura del auto-interrogatorio no entendía que hacía yo allí.

La gente comenzaba a comportarse distinto, algo estaba por pasar, se veía venir. Otra vez una obviedad, era hora de partir hacia el cementerio.

Era mediodía, hacía un día espléndido. Casi demasiado para un funeral. Haber salido me hizo notar lo mala que era la iluminación adentro. Con la luz del sol podía distinguir algunas caras, varias de ellas, muy familiares. Sin dudas quien había muerto era un conocido, quizás alguno lejano. Sea quien fuere, no sentía ninguna aflicción por el difunto. A decir verdad, aun no sabía quién era.

El cotejo estaba listo. Sacaron el cajón, una buena oportunidad para acercarse y resolver el misterio. Una oportunidad desaprovechada, de todas formas, no valía la pena incursionar en el tumulto de gente para saber algo que no iba a alterar la casualidad del asunto. Iba apostando conmigo mismo sobre la identidad del protagonista de aquella pésima película de domingo. No podía arriesgarme a hacer gracia con alguien acerca de un tema tan delicado. Cuando me di cuenta ya estaba en el cementerio ¿Cómo había llegado? Realmente no importaba, aquel calvario estaba por terminar. La ceremonia había pasado rápido, por suerte. Y gracias a ese Dios al que el cura hacía referencia, no había escuchado una sola palabra del sermón de despedida. Era hora del entierro, finalmente. Junto con el estruendo del ataúd cerrándose, se fue el sol. Este no parecía haberse escondido tras una nube, tampoco era un eclipse. La luz había desaparecido completamente. Casi como si yo estuviera en aquel cajón... ¿casi?

Adiós

Giselle Racca

—Te voy a extrañar, ¿sabés?—expresé.
—¿De verdad? —preguntó Carla.
—Sí, sí, ¿por qué? ¿En qué pensás?
—No sé, últimamente en todo. En verdad es una mezcla de todo, ni yo sé cómo definirlo. Ah... dejá, no me escuches —dijo Carla, con tono melancólico.
—¡No! Ahora me contás por qué... A ver, ¿qué sentís? ¿Vos crees que te abandono?
—No, siento que te estoy dejando ir y por un lado sé que te necesito, pero al mismo tiempo, también sé que es lo correcto.
—Pero concretamente, ¿qué es lo que sentís? Yo te voy a extrañar en todo, cada cosa que me brindaste, me sirvió y me sirve de aprendizaje. Lo voy a llevar conmigo a donde vaya. Por eso, una parte tuya siempre me va a acompañar —le dije mirándola a los ojos.
—Vení, dejá. Te amo tanto que se me hace difícil la idea de despertarme en la mañana y no encontrarte al otro lado de la cama. Una parte de mí se va con vos —dijo Carla abrazándome muy fuerte, con sentimiento de llanto.
—Nunca voy a dejarte, así esté en la China, a la vuelta de casa, o en el jardín. Siempre, pero siempre, voy a estar con vos. O acaso... ¿no ves lo que está acá a un costado? Es el corazón y la mitad de él siempre te va a pertenecer.
—¿Estés donde estés? —exclamó entre lágrimas Carla.
—Esté donde esté, y estés donde vos estés. Siempre —reafirmé con amor.

Infierno disfrazado de guerra

Candela Reitano

No quería despedirme, no podía enfrentar a mi madre. Me quedé encerrado pensando qué decir, algo lindo y alentador, pero no una promesa que quizás nunca cumpliría. Estaba seguro que iba a ser la última vez que la vea. No podía saber quién se iba a ir antes, pero de todas formas, no nos íbamos a volver a ver. Era hora de regresar, traté de hacerlo, pero sabía muy bien que no iba a poder vivir con eso. Si bien no se sentía como vida, tenía que terminarlo, ya no por deseo sino por obligación. Mi alrededor no esperaba menos de mí y abandonar a los ya fallecidos, no era algo con lo que podía cargar en mi subconsciente. Mi madre lloró a más no poder, yo me contuve ¿cómo lo logré? No lo sé. Pero lo hice por ella, tenía que convencerla de que yo estaba bien, que no me faltaba nada, ni abrigo ni comida. En otras palabras que por las noches podía dormir y durante el día era feliz. No

fue difícil, si soy sincero, tengo que decir que mi madre fue capaz de creer lo que quería, aunque sabía que nada era verdad. Igual que todos.

Después de acostarla en la cama, escuché que trató de decirme algo pero la pobre no tenía fuerza para hablar. Fingí no escucharla, y al fin me fui. Con lágrimas que no paraban de caer.

Acá estoy ahora, esperando embarcar para volver al infierno. Del que cualquiera opinaba, pero nadie conocía. Cómo culparlos, nadie quiere enfrentarse a la realidad cuando es tan triste.

Pobre Alicia

Rocío Roig

Alicia iba todos los domingos a la Iglesia. A su edad, y con los problemas que cargaba, ir a misa le traía paz. Formaba parte del grupo solidario que la institución religiosa manejaba y todos los sábados iban a barrios de escasos recursos a llevar a un poco de comida y cosas que ya no usaban. Se sentía muy conmovida ayudando a esa gente, a “esa pobre gente” como ella solía llamarles cuando hablaba con sus amigas.

Alicia era una mujer que estaba muy bien económicamente. Viuda de un prestigioso doctor, vivía de la mejor manera gozando todo el dinero que su difunto marido le había dejado. Ir de compras era su actividad favorita y adquiría ropa de las mejores marcas. Un viernes salió en busca de un pantalón que le fuese cómodo para usar los sábados que iba a los barrios. Alicia consiguió y pagó una gran cantidad de dinero por ese pantalón.

Una vez realizada la compra, se fue del local. Mientras esperaba un taxi que la lleve a su casa, se le acercaron dos nenes, que por sus apariencias, parecían ser de la calle. —Señora ¿tiene algo para comer? —preguntó el nene más grande que sostenía la mano del otro y parecía ser su hermano menor.

Alicia los miró de arriba abajo, dio vuelta la cara y se alejó ignorando el pedido. Los nenes la siguieron y el mayor volvió a insistir pero ahora con la ayuda del más pequeño que le pedía “por favor”. La mujer había perdido la paciencia y muy enojada respondió: —No querido, no tengo nada para darles. Busquen en la basura que seguro algo encuentran.

Los pequeños quedaron petrificados por la cruel respuesta. El mayor dio la vuelta y tironeó la mano de su hermano para irse. Alicia se sentía aliviada, y pudo conseguir un taxi que la llevara a su casa. Tenía que descansar porque al día siguiente iba a ir al barrio con su grupo de la Iglesia.

La hipocresía reina en la casa

Martina Romero

Eran las siete y media de la tarde y la hora de la misa había llegado. Las familias del barrio, los ancianos y hasta el más humilde busca la contención en la religión.

Caminé hasta el final del pasillo y me senté junto a la familia Yankelevich. Me detuve a observarlos un segundo, noté que el señor de las empresas chequeaba sus mails. Los hijos, se encontraban sentados y la señora Claudia se hacía la señal de la cruz, mientras se arrodillaba.

Luego, me di cuenta que a Claudia la había visto una noche en el boliche. Minutos antes de que arranque la misa, le saqué una foto y se la pasé a Sofía. Quería confirmar si realmente era ella, porque se había encontrado con un amigo que tenemos en común.

Llegando al almacén le conté al más querido del barrio y me dijo que no le asombraba para nada lo que estaba escuchando. Después me comentó que él vivía al lado de la casa, se

escuchaban gritos y siempre estaban peleando. Pero nunca nadie dijo nada, ellos demostraban ser otra cosa.

Por miedo a que dejen de colaborar con la Iglesia y las nuevas reformas que estaban haciendo en el barrio, la gente se callaba y los ignoraban. Al llegar a mi casa me recosté y me puse a pensar sobre todo lo que había pasado en el día. Consideré que la sociedad en la que estamos viviendo es hipócrita y materialista.

Simulacro

Matías Tilocca

Cuando el joven Matías murió, se multiplicaron las amistades. Hasta los históricos enemigos cambiaron de actitud y dolidos, con flores en las manos, visitaron su funeral.

Él, había dedicado mucho tiempo a la lectura: desde los poetas españoles de la Guerra Civil, hasta los escritores contemporáneos de Argentina.

Por ese motivo, cuando lo condujeron al entierro, la caravana extensa de humanos enarboló carteles con frases diversas.

Lo recordaban así, era extraña la emotividad de los que nunca habían compartido una charla con él, ni siquiera una partida de ajedrez: ese juego que tanto disfrutaba.

Ese día de abril, en su funeral, se había generado un clima paradójico en los concurrentes. Nadie se conocía entre sí. Todos estaban allí por curiosidad y no por amor.

A los simuladores del dolor, que eran la mayoría, no les importaba el joven fallecido. Era la muerte, más allá del muerto, quien los atraía.

Concluido el entierro, en fugaces minutos se dispersó la improvisada multitud. No hubo lágrimas, sí rumores que se dispararon en la noche como los aullidos que emergen del fondo del mar.

Matías, ya bajo tierra, recibía del cielo la luz encandilante de la luna llena. Él seguramente, hubiera querido abrazar y conocer a todos los individuos que se animaron a tratarlo, de muerto.

Lizy

Agustina Titarelli

En los últimos años, en Argentina, se había progresado mucho en materia de género. Esos avances tuvieron como beneficiarios a homosexuales y transexuales.

Nina tenía 29 y había podido casarse con su pareja Clementina después de esperar muchos años. Sin embargo, el tema todavía costaba ser aceptado y las medidas progresistas implementadas por el gobierno de Cristina no eran acompañadas por la aceptación popular. Muchos, estaban arraigados a principios conservadores que les impedían tener una mirada abierta. Cargaban con miles de prejuicios.

Lizy, era una amiga íntima del matrimonio con la que se juntaban a comer domingo por medio. Tenía 39 y era transexual. Gracias a la ley de Identidad de Género, aprobada en 2012, había dejado de ser Roberto para ser una mujer con todas las letras.

Era alegre y divertida, le gustaba arreglarse y poseía una hermosa cabellera negra. No obstante, su suerte no era la mejor: debía dedicarse a la prostitución para poder subsistir ya que, se le complicaba conseguir trabajo. Eran muy pocos los empresarios, dueños de comercios y negocios que estaban dispuestos a emplear trans.

La esperanza de vida de un travesti en el país era entonces de poco más de treinta años. El 79% de ellos se prostituía. Generalmente morían por enfermedades de transmisión sexual y algunos, eran asesinados. Una tercera causa de muerte era la aplicación de siliconas. Lizy había vivido más que el promedio.

A la espera de que se aprobara un proyecto presentado en 2012 que, planteaba la creación de una pensión mensual para las personas trans con más de cuarenta años, nació la esperanza de no estar más en las calles. De vivir dignamente sin necesidad de vender su cuerpo en aquel mercado clandestino.

Ese mismo año, le detectaron SIDA. Empezó a enfermar. A decaer. Sus dos amigas la cuidaron. Permanecieron fieles a su lado. Su sistema inmunológico se fue deteriorando de a poco. Gripes y neumonías, era vulnerable a todo. Los últimos meses ya le costaba estar de pie, dormía mucho y se cansaba rápido. Se la pasaba en el hospital.

Después de casi dos años de esa lenta agonía, falleció. Una muerte más, un travesti menos. La sociedad que decía ser abierta se mostró indiferente.

Mi partida

Agustín Trespidi

Hoy es 18 de julio de 1996, es el día de mi cumpleaños número doce. Estoy en Nápoles a punto de embarcar hacia Buenos Aires. Dicen que tiene una arquitectura europea y creo que eso va a hacer que no extrañe tanto Italia.

Mis padres fallecieron, mi papá en la guerra y mi mamá de cáncer terminal hace unos días. Más allá de esto, tengo la esperanza de encontrarme con mi tía, que es la única persona que me quedó.

Hace mucho calor en el puerto y mi valija está llena de ropa de invierno. Me dijeron que en Argentina hace mucho frío. Estoy mal dormido hace días y con el ruido de centenares de personas gritando, corriendo y bebés llorando, no puedo descansar ni un segundo. Por ello decido escribir estas líneas, para despejarme.

Van cinco horas desde que estoy a la espera de que nos dejen subir al barco. Se ve que algo anda mal ahí adentro, por las caras largas que tienen los tripulantes. Seguro deben faltar papeles de personas. Por suerte conmigo eso no sucede, mi madre antes de morir me dio una caja donde estaban todos los papeles míos y de toda mi familia, así los presentaba en las oficinas de migraciones.

Están sonando las campanas y las sirenas del barco, creo que eso es señal de que vamos a embarcar y lo confirman por los altavoces.

Así es, van subiendo todos muy lentamente, hay aproximadamente cien personas adelante mío así que tengo que ser paciente hasta que llegue mi turno.

Estoy subiendo las escaleras y ya en el barco me espera un hombre de la marina, alto y muy elegante. Me mira, lee mis papeles. Me desea buen viaje, una buena vida y me da un abrazo. Lo necesitaba. Desde que mi mamá se enfermó y arranqué a trabajar que no recibía uno.

Ya arriba, miro para mis alrededores y tanto los que nos vamos esperanzados con una vida mejor, como los que se quedan, tienen caras tristes. Yo estoy solo, sin nadie que me despida o que me dé un beso, yendo a un país y sin saber nada sobre lo que me voy a encontrar. Vamos a ver qué me espera...

Sí, podemos

Lizabeth Valverde Romero

Tenía 10 años cuando comenzó por primera vez mi adición y pasión por el fútbol. Todo empezó cuando vi a los Pérez y a los chicos de la cuadra tirar una pelota en la ventana de mi casa.

La impresión del rebote, el estallido y el estruendo de los vidrios romperse, en vez de asustarme, me llamó la atención.

Mi madre al escuchar tan tremendo ruido comenzó a gritar desafortunadamente diciendo malas palabras que estaban prohibidas en mi hogar. A mí me causó gracia, pero a los chicos no. Comenzaron a correr a toda velocidad a los baldíos que se me estaba prohibido ir.

La curiosidad por esa pelota, y por ellos, hizo que mi locura interna despertara. Tomé el balón y me fui corriendo tras ellos sin que mi mamá se diera cuenta. Para ella, todo acto que me hiciera sudar era impropio para una dama, como se supone que era.

Mi vestido de volados me impedía seguirles el paso, pero el deseo de averiguar qué hacían y qué jugaban, pudo más en mí que mi propia ropa.

El baldío era tal como me habían dicho. Sucio, grisáceo y asqueroso con pilas de basura. En varios lugares excepto en el medio, que era un terreno llano. El lugar contenía dos arcos que limitaban el principio y el final del lugar, igual que una cancha pero más rústica.

En el medio de todo eso estaba los chicos jugando con una lata oxidada como si fuera una pelota. Dándose pases sin pensar en otra cosa más. Me emocioné tanto en esa ida y vuelta con la lata que mi cuerpo inconscientemente, pateó la pelota que había rescatado.

Los chicos me miraron raro al ver tal descaro de mi parte. Los Pérez, al reconocerme, me agradecieron por traer la pelota, pero me dijeron que me vaya porque las mujeres no podían estar ahí, y menos jugar con ellos, que nuestro deber de damas era estar en casa con las muñecas y jugar a ser mamás.

Me sentí tan humillada que me fui llorando con la promesa de no volver jamás, pero mi coraje y valentía, pudieron más. Al día siguiente me cambié con la ropa de mi hermano que estaba en el ejército. Me puse una gorra, para ocultar mi larga cabellera y me fui decidida de nuevo al lugar. Ese día les iba a demostrar que las niñas también podían jugar.

Funeral de recuerdos

Gabriel Ybalo

Nunca me imaginé que este día iba a llegar. Me agarró de golpe y sin previo aviso. De un momento a otro me encontraba como espectador del final de mi corta vida. La noche anterior, ni se me cruzaba la idea de que un día, por un infarto terminal, iba a morir.

Habíamos cenado carne al horno con mi mamá. Todavía puedo recordar el gusto del último café que tomé con ella. Luego de sentir un raro dolor en el pecho, decidí levantarme aquella madrugada a tomar un poco de aire al patio. Mi perra me miraba y me meneaba la cola, cosa extraña para este animal sin sentimientos. Algo raro me sucedía. De golpe, mientras le daba la última pitada a mi cigarrillo, me desvanecí.

Un par de horas después me desperté y noté algo. Ya no estaba en mi casa. Me encontraba frente a un gran ataúd de madera oscura. Alrededor del mismo estaban mis hermanos y mis familiares. Comenzaba a entender de a poco todo lo que sucedía, había muerto.

Empecé a mirar a todos los que habían concurrido al evento pero, cuando me di cuenta, alguien faltaba: mi mamá. Luego de un rato y una larga despedida, empecé a sentir como todo se tornaba oscuro. Mi mirada comenzaba a cegarse.

El ataúd que miraba ya no estaba. Ahora me unía al cuerpo encerrado entre las paredes de madera. De repente un calor molesto se empezó a hacer presente en mis piernas. La cremación había comenzado.

Desperté, pero no en mi casa, no en el velorio y menos en aquel maldito horno de cremación. Nos encontrábamos en la vera del río mi mamá y yo. Ella no se sentía y en sus manos se situaba un jarrón con algo peculiar: mis cenizas.

Era mi deseo, recuerdo haberlo charlado con ella. “Que mis restos sean tirados en el río, cualquiera sea”, recuerdo haberle dicho. Con su adiós en su boca lo hizo. Mi vida culminaba entonces. Mis experiencias ahora pasaban a ser un recuerdo de dolor. El viento

hacía volar mi cuerpo y el agua hacía caminar las lágrimas de mi mamá, quien se despedía de mí.